ORACION

PRONUNCIADA EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALENCIA

POR EL

Dr. D. CARMELO MIQUEL,

CATEDRATICO

DE LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA,

CON MOTIVO

DE LA SOLEMNE INAUGURACION DE LOS ESTUDIOS

EN EL CURSO DE 1856 Á 1857.



Imprenta de José Rius, calle del Milagro.

Antiqua consecratio variis modis fiebat: id est, per *inaugurationem*, per lustrationem areæ et per dedicationem. Tunc enim *inaugurari* dicebatur, cum *Augures* spatium *solemniter* capiebant....

TACIT. Histor. 4. cap. 3.—CICER. pro Domo cap. 53.—GELL. Noct. Attic. cap. 7.

SEÑORES:



UÉ sitio es este al que nos llama hoy un motivo fausto, grandioso, siempre sublime en los anales literarios? ¿Acabamos por ventura de tomar asiento en aquel suntuoso ateneo, emblema de la cultura del mundo heleno? No. ¿Hemos venido acaso, á admirar de cerca el soberbio templo que en honor del dios del Parnaso alzó la antigüedad en las poéticas riberas del Tiber? Tampoco. ¿Respiramos, sino, el ambiente del famoso y frecuen-

tado liceo ([1]) que fundó allá en siglos lejanos el profundo filósofo de Stagira? Nada menos.... Envidiemos, señores, mas no ambicionemos, para la edad presente, las galas de una civilizacion que ya pasó. Dejémosla por ahora en paz, justamente enorgullecida con los colosales arranques de los grandes genios que la personifican; y por lo que á nosotros toca, animados en este dia del mas acendrado respeto, contentémonos con levantar nuestra frente hácia las magestuosas bóvedas de este respetable gimnasio, ó tender la vista por sus diversos lados. Honra, prez, gloria, laureles inmarcesibles encontraremos por todas partes, denodadamente conquistados por los que nos precedieron en la enseñanza, con las únicas armas de buen temple que se esgrimen en las luchas científicas; con una erudicion vastísima y una virtud acrisolada.

Funcionarios del Estado de elevada categoría; autoridades dignísimas; especialidades sociales, políticas y literarias, se agrupan en esta hora y en torno del Ilustrísimo Claustro, para solemnizar con

(1) *Athenæum*. Templo erigido á *Minerva* en Atenas, donde iban á ofrecer sus obras los escritores griegos, como los romanos las llevaban al de *Apolo*. Algunos eruditos encuentran en el *Liceo*, que fundó Aristóteles, la cuna de la escuela racionalista y de la secta peripatética.

brillante pompa el espléndido festin de las ciencias y de las letras. Para darle renombre, importancia y auge á la mas notable de todas las solemnidades académicas, á la *inauguracion* anual de los estudios. Acto de esplendor en cualesquiera circunstancias; de placenteros recuerdos cada vez que se repite.

Abre en él las tachonadas puertas de su magnífico templo la candorosa deidad, con cuya estátua sorprendió el precóz ingenio de Fidias á una época remota, para que andando el tiempo fuera tambien el asombro de las artes, como leemos en Ciceron y en Plutarco. Y las abre, señores, precisamente á una juventud numerosa, escogida, entusiasta, ávida de fama literaria; que con fe pura en sus corazones, y llevando grabada en la mente aquella máxima del segundo orador del mundo, *non paranda nobis solum, sed fruenda sapientia est* (1), se precipita impaciente por esas entradas, para libar cuanto antes el suavísimo néctar que vivifica, que embelesa (2) la inteligencia.

Que abra su corazon tambien al sonoro compás de las dulces armonías de Apolo (3), tan galante á

(1) Cicer. I. De finib.

(2) Res mentem rapiens, alienans. D. de l. l. c.

(3) Los habitantes del Lacio le adoraban como el dios de la música, de la poesía y de la medicina.

la sazon con Minerva, el padre cariñoso que en los adelantos del hijo ha cifrado toda su fortuna y bienandanza.... Que ensanche su pecho la viuda desvalida, triste ayer y alegre hoy, con haber cambiado una prenda de su mísero ropage, por el manoseado libro que pone en las tiernas manos del fruto de sus entrañas.... Que dilate su comprimido espíritu el huérfano infortunado, cuyas amargas privaciones no bastan á que aparte la vista del puesto distinguido en el círculo científico, que se propone alcanzar con su talento y con su aplicacion.... Tan laudable afan, tan cristiana abnegacion, tan heróica constancia, atraerán, no lo dudemos, los favores del cielo y las bendiciones del Omnipotente.

Pero dispensad, señores, que olvidada de sí misma la pequeñéz tan exigua que escuchais con vuestra natural benevolencia, comenzaba ya á deslizarse desacordadamente y á la aventura, al mero impulso de pálidos raptos de su pobre imaginacion, sin reparar que en lo mas empeñado del razonamiento iban á faltarle los brios intelectuales. Vosotros, esclarecidos profesores, que en mas de un lance los habeis apreciado, los habeis juzgado, los habeis medido exactamente con el seguro compás de vuestro acertado criterio, sed ingénuos conmigo, y conoced, que este puesto de distincion no

está ocupado por ninguna de las notabilidades de crecida valía que entraña el Ilustrísimo Claustro. Por ninguno de los robustos atletas en el órden científico que todos conocemos, y admiramos cuando saben crecerse en momentos supremos, manteniéndose siempre, y sin vacilar, á toda la altura de su noble mision. Por ninguno, en fin, de aquellos talentos lozanos que poseen el don inapreciable de elegir con atinado pulso, cualquiera de las preciosas joyas que enriquecen los pingües tesoros de la ciencia, para ofrecérosla en solemnidades como la de hoy, hábilmente pulida y cincelada con las bellezas del buen decir.

Así y todo, ya que los sentimientos grandes, generosos, predispuestos siempre á la indulgencia, sientan tan bien en pechos nobles é hidalgos como son los vuestros, paréceme entrever en el risueño semblante de muchos, cierto gesto de deferente amabilidad que avigora mi insuficiencia. Yo os tributo gracias cumplidísimas por merced tan señalada. Bien sé que nadie de vosotros ignora, que fui invitado para llevar la palabra en esta *inauguracion* solemne en un período de angustiosa premura, y que hube de complacer á quien sobrado me enaltecia, porque nunca jamás me era dado desairarle. Sin embargo, señores, resignaos por

este año á que os fatigue con un bosquejo de formas harto vulgares, la única escepcion que rebaja el crédito subidísimo del profesorado valenciano.

¿Ni qué materia ó punto elegia yo en dias contados para nutrir mi discurso, despues de los que se han pronunciado desde este mismo sitio con lucida maestría, que no aplastase mis débiles fuerzas; que no fuese carga harto pesada, abrumadora para mis endebles hombros?

Sumite materiam vestris qui scribitis æquam
Viribus, et versate diu quid ferre recussent
Quid valeant humeri.... (1).

Antes, pues, que me veais faltar á tan sabio consejo; antes que una vanidad estúpida me amengüe, y mas que todo, empañe el lustre de esta solemne apertura; antes que tome y marchite en mis manos alguna de las lindísimas flores que tanto hermosean el jardin de las ciencias, me reconozco á mí mismo, y opto por recurrir á una trivialidad, si se quiere, á la *reminiscencia histórica*, con la que place al habla de nuestros tiempos darle nombre á la festividad de este dia.

(1) Horac. Art. poét.

Así, señores, vedme ya súbitamente retrotraido mas de veinte y ocho siglos, para empuñar el misterioso *arado del Augúr*, y moverle en esta funcion académica, siquiera con brazo inseguro y poco firme.

Mas no temais, no, jóvenes apreciables, que lo use para labrar á la opulenta y valerosa Cartago (1). Los actos de tendencia execrable no caben donde, como aquí, todo ha de respirar regocijo, dulzura, bonanza. Aquella *enigmática señal* de la primera de las tres partes de la consagracion pagánica; la *gran palanca* que forjó el fanatismo idólatra para volver y revolver el mundo político muy á las anchuras del que lo gobernaba, no ha de servirme hoy sino para poner *la diestra* sobre ella y predecir, presagiar, vaticinar, *augurar*, en fin, el porvenir de nuestras tareas literarias en el curso académico de 1856 á 1857. Completaré al instante el todo de la ceremonia, circuyendo con la reja del arado el anchuroso campo que sirve de morada al mundo científico, y que de hoy mas *tendreis que venerar como cosa sagrada é inviolable.* A vosotros incumbe, ilustrados y dignísimos compañeros, ir

(1) L. 21. D. Quibus modis ususfr. vel usus amitt.—Modestinus, L. 3.º Different. «Si ususfructus civitati legetur, et *aratrum* in eam inducatur, civitas esse desinit *ut passa est Carthago.*"

rectificando, durante el año escolar á que estamos dando solemne comienzo, el surco tortuoso y plagado de defectos que mi brazo describa.

Yo *auguro* un término decoroso y brillante; un desenlace alhagüeño y satisfactorio; un porvenir fecundo y provechoso á nuestros esfuerzos literarios en el presente curso.

Si con la vista fija en las portentosas maravillas que ostentan los siglos que ya pasaron, sabemos plegarnos á las exigencias del en que vivimos; marchando al nivel de su desarrollo científico, prudentemente moderado por el sentimiento moral y por el sentimiento religioso.

Para lograr *fascinaros* con un *augurio* de este jaez ¿quereis que os diga que son *los dioses* los que mueven mi lengua? Superchería tan absurda vendria de molde si hablara á los que heredaron las costumbres y las creencias de la Etruria. ¿Cuándo me habeis visto poner atento oido *al canto de las aves*? ¿Quién de vosotros me ha sorprendido alguna vez escudriñando *por dónde emprendian su vuelo*? No, señores, no. Subterfugios tales, quédense en buen hora hacinados en tropel en el cenagal de estravagancias y de sandeces de donde tomaba sus atavíos el paganismo. De vez en cuando ya los va sacando á plaza la historia, en oprobio

de los que así estraviaron la marcha y el destino de la humanidad.

Seguidme, pues, jóvenes apreciables, seguidme; que con celeridad, casi á la carrera, voy á ahondar el hierro del arado por todo el derredor de esas fértiles vegas, de esos jardines deliciosísimos donde se alberga el saber.

El camino que hagais, tal vez no os sea pesado ni fatigoso: porque aunque no vamos todavía á saborear los delicados frutos con que nos brindan estos sitios de recreo y de encanto: aunque no puedo yo dejar *el símbolo de la inauguracion*, penetrar en ellos y coger y regalaros cualquiera de las fragantes rosas que tanto los embellecen, podrá seros de deleite el paseo que deis á la redonda, si acertamos á columbrar por entre verjas algunas de las muchas lindezas que engalanan la mansion de la sabiduría.

Desde luego ya noto, parais la atencion en las dos anchurosas entradas de esa arrogante y esbelta fachada que se nos presenta en primer término. Escoged libremente la que querais; que Minerva guarda la una; á Apolo ha fiado la custodia de la otra; y ambos se aprestan á recibiros y á agasajaros con cariñosa solicitud. Mas hagamos alto por un momento; que tres de las nueve musas que

forman su cortejo, veo se adelantan hácia nosotros como en ademan de quereros obsequiar.

Con dos lindos canastillos, uno en cada mano, es Clio ([1]), la que afable se acerca á saludaros. Aparta y esconde á vuestra vista aquel en que al parecer lleva galas, y alhajas, y primores de grān precio; solo os brinda con el otro provisto de objetos científicos ¿cuál creeis que será el designio de la musa? Vedlo esculpido en uno de los lados del canastillo que os ofrece, y admírareis de paso la gravedad en la narracion, la elocuente y sencilla fluidez de Salustio ([2]).

Juventus probitati et industriæ, non sumptibus neque divitiis studeat.

Menospreciad, pues, jóvenes estudiosos, con estóica firmeza, las miserias y las mezquindades que tanto emponzoñan los verdaderos goces de la vida social: bien os las describe Horacio ([3]). Yo os

(1) Musa que preside á la Historia.

(2) Sallust. ad Cæs. ep. II.

(3) Omnis enim res
Virtus, fama, decus, divina humanaque pulchris
Divitiis parent: quas qui construxerit, ille
Clarus erit, fortis, justus, sapiensve etiam, et rex
Et quidquid volet.
SERM. 2. 3. v. 94.

aconsejo mediteis hondamente, antes de sentar el pie en cualquiera de los diversos caminos por donde penseis llegar al término de vuestros afanes, que el retroceder no es siempre cosa hacedera, fácil, asequible.

Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit non recedet ab ea (1).

Tejiendo graciosas guirnaldas viene Polimnia (2) á festejaros. Cuando las tengais en vuestras manos, presumo va á sorprenderos agradablemente la especial habilidad con que ha sabido mezclar flores de los mas suaves perfumes, con alguna que otra diminuta fruta de sabor dulce y delicado. Oid lo que os dice al entregároslas, y oireis lo mismo que escribió la elegante pluma de Horacio en su arte poética:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.

Presurosa y con jovial semblante se acerca Caliope (3) á este sitio. Bonitos ramilletes os trae tambien, lindamente entrelazados con cintas de muy buen gusto y de colores variados. ¿Pero notais

(1) Proverb. XXII. v. 6.
(2) Musa del poema heróico.
(3) Musa de la Oda.

que se va deteniendo, y los mira y compone y recompone, dejándoles solo los adornos que cree bastan para realzar su hermosura? ¿Qué se propondrá significaros la mensagera de Minerva y de Apolo? Abrid las bellas páginas con las que enriqueció el calumniado Séneca [1] la literatura de sus tiempos, y allí encontrareis la inolvidable sentencia

Plus scire velle quam satis sit, intemperantiæ genus est.

Eso es, eso cabalmente, lo que á vosotros os cumple hacer con el gran caudal de conocimientos sujetos á la comprension humana, y en general con cualquier trabajo literario que emprendais: lo que estais viendo que la musa hace con los ramilletes.

Tanto obsequio, tan fina y cordial acogida, por algunas de las deidades que moran en el templo del saber, me desvian por breves instantes de mi propósito. Alleguémonos algo mas á aquel, acompañando en su regreso á las que tan afanosas han salido á daros sus plácemes.

Reparad, jóvenes, en la brillante inscripcion que

(1) Senec. Ep. 89.

sobresale gallarda en el centro de esas dos puertas. Grabada está en oro con caractéres de rica pedrería. Leedla bien; no la olvideis jamás, mientras os admiren y arrebaten las sublimes prendas de un talento colosal. Los siglos se han comprometido á no borrarla nunca.

¿Quid est enim ¡per Deos...! optabilius sapientia? ¿Quid præstantius...? ¿quid homini melius...? ¿Quid homini dignius...? etc. (1)

¿Quereis que os diga yo quién la puso? ¿No conoceis que es un rapto mágico, fruto de una ímaginacion fecunda, insondable, privilegiada, soberbiamente enardecida cada vez que escribia la palabra *sabiduría*? Estad seguros, que siquiera algunas frases desaliñadas oiríais hoy de mi boca en loor del primer sabio de Roma; de uno de los mas esclarecidos campeones del electicismo; de Marco Tulio Ciceron; pero debo contenerme aquí, porque me veda ir mas adelante aquel pasage del cándido Tito Livio: «para hacer el elogio de Ciceron, se necesita otro Ciceron." Cierto que sobre él escribió San Agustin la amarga verdad, *rem vidit*

(1) Cicer. de offic. Lib. 2. cap. 2. 3. 5.

causam nescivit; yo no sé si apreciando los antecedentes del orador distinguido, ó atendiendo al motivo porque entregó su cabeza, para que la clavara el desalmado satélite de los triunviros en el sitio mismo ([1]) que habia abrillantado con su elocuente acento. Sea de esto lo que fuese, tened muy presente el dicho de Quintiliano: «dareis una relevante muestra de aprovechamiento, solo con que os guste mucho muchísimo Ciceron."

Lástima que el tiempo se nos venga encima y nos abrume, y no nos consienta pararnos á admirar una por una todas las sorprendentes maravillas que desde aquí fuera se traslucen en la mansion encantadora de la sabiduría. Veamos, con todo, vislumbremos, la que destaca en el centro de este primer jardin.

Es un hermoso obelisco. Sobre base cuadrada de crecidas dimensiones, y de cuyo zócalo fluyen arroyuelos de cristalinas y frescas aguas, que bañan la superficie de esta tierra feráz, se eleva un esplendente sol sostenido por una pirámide de solidez marmórea. Difícil es que podais distinguir á la simple vista el letrero incrustado en ella: yo lo recuerdo, y dice así:

(1) En los rostros.

Medium non deserit unquam
Cœli Phœbus iter, radiis tamen omnia lustrat (1).

Y bien, me direis ¿qué denota la alegoría? Voy á satisfacer vuestra curiosidad.

Ese sol colocado en medio del espacioso campo de la ciencia, revela mas de una idea. Ese sol os dice: que lo que es él para el mundo físico, es la ciencia para el mundo intelectual. Ese sol deja caer el ridículo sobre la frente de Guttemberg, y os grita: ¡no le creais! que soñaba, cuando ufano, extasiado, ante la inestinguible antorcha encendida en Estrasburgo, osó esclamar: «ciencias, no pereceréis, que yo dirigiré la nave." Ese sol os dice: la misma soberanía suprema con que plugo á Dios dotarme á mí en el órden material, la egerce la ciencia ilimitada y sin trabas en las encumbradas regiones del pensamiento, que es tan perdurable como el mármol sobre el que veis que posa el sol. Y no perecerá, no sucumbirá la ciencia mientras viva la inteligencia humana, radiante destello de la sublimidad divina.

Los séres que pueblan el universo nacen, crecen, se desarrollan, mueren: esto mismo acontece

(1) Claud. De laud. stilic.

á las existencias morales y sociales. Así, los grandes imperios de Semíramis, de Ciro, de Alejandro, de Augusto de.... nacieron, se desenvolvieron, crecieron, avasallaron envalentonados respetables nacionalidades escarneciendo el violento empuje de los siglos, y desafiando su poder irresistible; al fin cayeron, murieron, se sepultaron en el polvo para no volverse á levantar. Pero el pábulo, la sustancia, el jugo que alimenta el robusto árbol de la inteligencia, es y será de dia en dia mas copioso hasta que los destinos de la humanidad sean cumplidos. Y así como el sol, á lo que el hombre alcanza, es el foco de donde parten los rayos de luz que se estienden por todos los lados del globo, hay tambien en el órden intelectual un solo foco, un solo núcleo, un solo principio, de donde todo procede y emana. Y esos arroyuelos que saltan á flor de tierra junto á la base de la pirámide, simbolizan la gran variedad de conocimientos sujetos á la comprension del sér racional, deslizándose en direcciones diversas cada uno hácia un punto dado y perceptible.

No os asomeis por entre esos túpidos ramages, que continuando el curso de la inauguracion vamos dejando sobre nuestra derecha en prolongados trozos. Seria en vano: nada acertariais á descubrir

al través de tales espesuras, impenetrables aun para los que quisieron registrarlas largos siglos antes que nosotros. Podeis sin embargo asimilarlas, allá en vuestra fantasía, á las cargadas nubes, á la densa niebla, á la cerrazon, que oculta con su lóbrego manto los arcanos de las civilizaciones Caldea y Egipcia, de donde surgieron ráfagas, que aunque de opaca y escuálida luz, fue á reflejar clarísima en el Asia menor, para resplandecer tambien sobre las cunas de Homero y de Demóstenes, de Virgilio y de Ciceron. Hé aquí los primeros pasos, los primeros albores de aquel avance científico, que hasta con espanto de las mismas inteligencias arrolló la Grecia, é inundó la heróica ciudad del Lacio.

Cuando fuera otra la índole de la ceremonia académica de hoy, no me seguiriais fatigados para circunvalar meramente los campos de la sabiduría, que todos los años se os recuerda habeis de venerar como sagrados é inviolables. Os hubiera entrado en ellos, para que os cerciorarais, de que tras esas frondosas arboledas se enseñorea en un pintoresco cuadro la filosofía, que abarca todo el saber humano; porque no solo es la base, sino la educacion, la direccion del pensamiento. Allí veriais ese caudaloso raudal de la ciencia, que es-

tudia atentamente el universo: que se eleva al inmenso espacio: que recorre los cielos: que trae á exámen los fenómenos que la creacion ostenta: que admira al hombre y lo contempla: que penetra en lo mas recóndito de su existencia moral, proclamando la independencia de la razon, en todo lo que científicamente puede alcanzar; y cuya divisa es el haber reconocido la evidencia como criterio de la verdad, yéndola á buscar afanosa en el sentimiento de la personalidad humana y en el egercicio de sus propias facultades. Pues esa filosofía tan grande, tan gigantesca, tan colosal, tan amena en sus resultados, tan satisfecha y ufana de su propia gloria, es la obra lenta, pausada, concienzuda del tiempo. Y ello es irrefragable; porque la especie humana no ha podido dejar trascurrir infecundos cerca de sesenta siglos, sin ir atesorando los adelantos que pródigamente le ha legado cada uno. Si diez ó doce génios esclarecidos en Atenas y en Roma, prendados de las dulzuras del saber, no hubiesen ofrecido sus talentos en las aras de él, no tendríamos ahora ni literatura clásica, ni un manantial inagotable de educacion social, ni formas gubernamentales como las que ensayan las sociedades modernas despues de haberlas depurado felizmente en el crisol de lo pasado.

Llamaria toda vuestra consideracion, unas veces con agrado, otras con pena, acerca de dos grandes acaecimientos de la antigua sociedad, mostrándoos de paso la dilatada série de especialidades en todas líneas, que agrupadas á grandes distancias, resaltan en variados y sorprendentes cuadros, de los que os iré hablando, siquiera muy por encima, en lo que nos resta de la ceremonia inaugural. Y repito que las veriais á largas distancias, porque las elevadas inteligencias se agolpan en una época dada, y en otras nos ofrecen una esterilidad pasmosa; así como en muestra de que hasta la naturaleza parece que quiera descansar luego de haber enriquecido el mundo intelectual con ciertos hombres eminentes, con ciertas capacidades de levantado renombre.

Desde Tales de Mileto (1) anunciando en la escuela jónica, seis siglos antes de nuestra era, eternos principios filosóficos y grandes verdades morales, hasta Zenon. Desde Catón el antiguo á Triboniano ¡cuánto tendriais que admirar en la antigua Grecia, tan remontada cuando por sus virtudes dominó con gloria, imponiendo á las demás naciones sus costumbres, sus leyes y sus creencias, como raquí-

(1) El insigne caudillo de los siete sabios de Grecia que con él fueron, Pittacus, Bias, Solon, Cleobulo, Mison y Chilon.

tica y abatida, cuanto socabada por el vicio hubo de servir con tanta vergüenza (1)! ¡Cómo no condoleros de aquella arrogante matrona, señora un dia del mundo, viéndola despeñarse en un abismo cubierta su faz con el velo del oprobio, rotas ya en sus manos, por el lujo y la molicie, las riendas con que contenia los ocho (2) fogosos caballos de su dorada carroza! ¡Ah!... Bien quisierais entonces detenerle la mano á Juvenal, para que no escribiera aquel sentido verso en que atestigua á la posteridad el desastroso fin de la ciudad de los Césares.

Sævior armis.
luxuria incubuit victumque ulciscitur orbem.

Si lícito me hubiera sido penetrar con vosotros en lo interior de estos agradables paisages, que con el *arado del Augúr* vais viendo como concluyo de redondear, yo os hubiese hecho notar, cuatro siglos antes de la era vulgar, al eminente Sócrates, capáz por sí mismo de sostener el esplendor de su patria, enseñando en las calles, en las plazas, en los paseos la buena doctrina, por la que despues bebió

(1) Montesquieu L. 4. cap. 8.

(2) A los ocho siglos de su existencia quedó Roma herida de muerte al impulso del lujo y de la liviandad.

la cicuta; y sus profundas lecciones dadas al aire libre, producir al gefe de la escuela idealista: á un Platon, génio sublime, alma pura, poética y delicada, encontrando en la divinidad la suma de todas las perfecciones humanas, combatiendo el sensualismo helénico, y adivinando en el seno mismo del paganismo máximas de muy sana moral. Yo os mostraria á Aristóteles, al gran maestro de Alejandro, á aquel talento no menos vasto, pero mas positivo, mas lógico, recogiendo los aplausos de propios y estraños al frente de la escuela racionalista, hasta merecer de Ciceron el dictado de *rio de oro.* Seguro que no os haria volver la vista hácia el escepticismo de Epicuro, trescientos años antes de Jesucristo, sino para que observaseis, que la bien templada lira de Horacio (1) acogió un pensamiento de él, sobre el cual despues, y ofreciéndonoslo con cierto aire de novedad, habia de basar su sistema utilitario el famoso jurisconsulto inglés, conmoviendo la ciencia del derecho en sus mas sólidos cimientos.

Non natura potest justo secernere iniquum:
Sola est utilitas justi prope mater et æqui.

(1) S. I. 3.

Precisamente habíamos tambien de detenernos ante la escuela estóica, que si bien estuvo plagada en su orígen de muchos y muy abultados errores, nos es fuerza reconocer que en materias morales fue la mas sobresaliente de los tiempos antiguos. Modificadas sus teorías bajo Parmenides, Epitecto y Séneca, llegó á constituir un cuerpo tan compacto de doctrina, que hábilmente esplotado por la aristocracia romana, mas suspicáz, mas astuta, mas audáz que la tan deleznable de Grecia, puso en sus manos por largos siglos las llaves del templo de la justicia.

¿Cómo podian pasar desapercibidos para nosotros los asíduos esfuerzos de Ciceron, de Plutarco, del mismo Marco Antonio, para reanudar bajo principios sólidos y estables, y á la sombra del electicismo, todas las opiniones mas concienzudas, mas razonables, mas verosímiles? ¿Cómo dejar de pararnos contemplando á Virgilio embebido dentro de sí mismo, queriendo imitar al gran poeta que mil años antes de la venida del Salvador, supo suavizar los sinsabores sociales con su incomparable Iliada?

Y yendo mucho mas adelante, para irnos aproximando á edades no tan lejanas del siglo en que vivimos, está claro que no dejaria de ensalzaros

en el órden de la filosofía escolástica, á lo menos en la parte que mas se acomoda al pensamiento cristiano, al angélico doctor cuyo venerando nombre llena todo un siglo; como en la historia del error marca Lutero una época abominable; como en los anales de la civilizacion señala y señalará siempre una página brillante Carlo Magno ([1]), franqueando las puertas de su palacio á las ciencias y á las artes, despues que, para dicha de la humanidad, pudo reponerse el mundo inteligente de la terrible y devastadora invasion de los pueblos bárbaros en Europa.

Bacon, Descartes y Leibnitz, haciendo triunfar el principio de la independencia científica, y reasumiendo toda la vida intelectual del siglo XVII, sin echar en olvido á su precursor nuestro gran paisano Luis Vives. Newton, el ilustre descubridor de los arcanos de la naturaleza; aquel hombre estraordinario, en cuyas doctrinas descansan tantas verdades, y á quien podríamos llamar el padre de la luz, aplanando los polos y levantando el ecuador de la tierra, probándonos que las ciencias naturales no encierran la incredulidad religiosa, y

(1) Estableció en su propio palacio las academias *trivium et cuatrivium*; aquella para las artes, ésta para las ciencias.

que cuanto mas profundo, tanto mas religioso ha de ser el naturalista, ¿creeis que no atraerian nuestra curiosidad?

Hasta poder saludar con respeto á Kant, la mas alta espresion en el órden especulativo, armado con el símbolo final de la escuela espiritualista, labrando su admirable edificio con sólida trabazon, para que los remates de él alcanzasen la region perenne de aquella luz purísima que disipa las lóbregas sombras de la noche, ya comprendereis cuán á la ligera, y muchas veces con cuán prudente y cautelosa prevencion veríamos, mejor diré compadeceríamos, en lances dados á Lock y Condillac sosteniendo en el síglo XVIII con marcada inconstancia principios contradictorios. A Holbach y á Helvetius un materialismo descarado. A Hegél y sus sectarios el panteismo absoluto. A Rousseau el undeismo puro. A algunos desdichados el ateismo, A Voltaire, en suma, al dictador de la literatura francesa en el mismo siglo, de quien avanzó á decir Federico II «que le temia más que al monarca mas poderoso del mundo."

¿No ensancharíais vuestro ánimo al reflexionar á Keplero levantando su atrevido vuelo hasta el cielo para sorprender á los astros en su carrera: á Galileo sondeando la inmensidad del espacio, y á

Copérnico proclamando el magestuoso reposo del sol en el centro del sistema planetario?

Y entre las grandiosidades que á tan alto punto levantan la fama de la amena literatura, ¿no os deleitaria la magestad y elevacion en los conceptos, el brillo y purismo en el lenguage de Solís, de Mariana, de Hurtado de Mendoza, de Cervantes, de Quevedo, de Fray Luis de Leon, de Fray Luis de Granada, de Lope de Vega y otros muchos que han sido, y son, y no dejarán de ser el ornamento, el lustre, la gloria viva é imperecedera de las Españas?

En estos tres magníficos salones que vienen luego, antes que volvamos á encontrar el punto de donde poco há hemos partido, lucen y lucirán sus galas, ostentan y ostentarán sus timbres, los estudios médicos: la ciencia que tiene por objeto á la justicia: y aquella otra, de predilecta é inmediata procedencia divina, que aunque fiel é inseparable aliada de la sana filosofía, parte de la autoridad y de la fe, y admite como evidente é incontrovertible un órden de hechos y de verdades, muy superior á veces á la débil y menguada razon del hombre.

Andemos algun tanto despacio y con cuidado por unos sitios, descartados ya en gran parte de los ramages y frondosidades que en otros han embara-

zado nuestra vista, por si nos es fácil columbrar alguna inscripcion, algun jeroglífico, algun relieve, que nos dé muestra de su estraordinaria y singular belleza.

Sedme ingénuos, mis queridos jóvenes, ¿no es verdad, que aviva ya vuestro interés y ansiais daros razon cuanto antes, del pensamiento que releva aquel alto relieve que sobresale no á mucha distancia de aquí, y en el que observo que todos teneis fijos los ojos? Vereis en él lo mismo que yo veo. A un anciano venerable, de severo pero muy simpático rostro, descansando impasible junto á una copiosa fuente, y diseminadas por el plano varias ninfas. Una de éstas figura como que está ofreciendo al anciano objetos que al parecer son libros. Las otras se cruzan yendo y viniendo; con la especialidad que las que de él van hácia la parte opuesta, ha querido el artífice presentarlas al espectador con un aspecto risueño; cuando las que vuelven á encontrar la gravedad é impasibilidad del anciano, se me antoja á mí que muestran un talante de diverso género. He contado las ninfas, y si no yerro en la cuenta son veintitres las que hay en el plano. ¿Qué en el anciano, se habrá pensado representarnos á Hipócrates, del que es fama que parte la solidéz de los conocimientos médicos? ¿qué las

ninfas, en número tan crecido, serán por ventura los siglos que de él vienen, y yo he oido que á él recurren cuando se han estraviado en medio del empeñado choque de los sistemas, y no quieren tolerar que se rebaje el prestigio y esplendor de la ciencia? ¿qué la ninfa que ofrece libros al anciano, desea que conozcamos que es el siglo XIX, rindiendo con repetidas y ricas ediciones, cumplido homenage al escritor profundo, á la eminencia esclarecida, al nombre venerando para el filósofo, para el socialista, para el legislador, para el médico, para todo aquel que de veras y sinceramente se interese por la buena salud de la humanidad? Vuestros sabios maestros os sacarán de la duda. Con ellos estudiareis mas de cerca y con mas detencion el significado genuino del alto relieve que tanto os ha chocado. Escusadme á mí incurrir en crasos errores.

Por lo que atañe al campo jurídico, si bien no muy frecuentado todavía por mí, tengo precision de deciros algo mas. No será mucho.

Estaria sobradamente pesado con vosotros, llevándoos á contemplar á Carondas legislando en Creta; á Zoroastro dando leyes á los antiguos persas; á Licurgo, uno de los mas hábiles conocedores de las necesidades sociales, arreglando el dere-

cho en Lacedemonia; y á Solon, veinticinco siglos atrás, no marcando pena ninguna en Atenas para el parricida, porque segun él, «era imposible que los griegos cometieran tan atróz delito." Principiaré por haceros reparar en esa deidad, que va hablando al oido á unos varones que la rodean, y de vez en cuando la interrogan con interés, con ansiedad. ¿Deseais enteraros de la idea culminante que ha guiado el pincel del autor de ese cuadro? Pues ved al canciller D'Aguesseau, que él la esplica: él os dice, que es la justicia revelando sus arcanos á los jurisconsultos de Roma.

Españoles sois, amados jóvenes, y á fe mia que no os disgustará oir hoy de mi boca, al irme á ocupar de una legislacion salida de tierras estrañas á las nuestras, pero que aquí, como en casi todos los paises civilizados del globo ha echado tan hondas raices, que el derecho romano fue cultivado con tanto esmero por los jurisconsultos de nuestra patria en los siglos XVI y XVII (señaladamente en el último, que con razon puede llamarse el siglo de oro para el estudio de las leyes de Roma), que sus doctrinas y sus opiniones las prefieren muchos eruditos nacionales y estrangeros, aun á las de los intérpretes de las escuelas francesa, belga y alemana moderna.

Las obras de Antonio Agustin, Melchor de Costa, Francisco de Amaya, Melchor de Valencia, Lorenzo Ramirez del Prado, José Fernandez de Retes, José y Francisco Ramos del Manzano, no ceden en sólida erudicion; igualan, si no esceden, á las de Cujacio, Hottman, Doneau, Pedro y Francisco Pitheo, Godofredo y otros varios, con cuyas profundas investigaciones se envanece la Francia, ¿qué juicio tan aventajado no han formado los escritores modernos sobre nuestro famoso catedrático de Cervera D. José Finisterres y Monsalvo? ¿á cuán encumbrada altura colocan la infatigable laboriosidad de D. Gregorio Mayans y Ciscár?

Ahora bien, y para concluir pronto. ¿Deseais una idea aproximada, un embrion del artificio jurídico, de la necesidad social de la ley positiva humana? Pues reparad ese emblema, ese jeroglífico. Bien distinguireis que se reduce á una matrona, ocupada en atar con un fuerte cable la nave que va á zozobrar, y perderse hecha añicos en el fondo del mar. Al lado izquierdo se leen unos versos de Virgilio (1)

(1) Georg. 1. v. 125. Ridiculizando este gran poeta á la sociedad civil por haber otorgado la facultad de testar, escribió en su Eneida 4, v. 92,

¿id cinerem et Manes credis curare sepultos?

y de Ovidio (1). Al derecho, otro de Horacio (2).

Virgilio describe así aquel primitivo estado patriarcal, en que sola la ley natural se hacia lugar y acallaba las pasiones y las exigencias humanas.

Nulli subigebant arva coloni,
Nec signare quidem, aut partiri limite campum
Fas erat; in medium quærebant ipsaque tellus
Omnia liberius, nullo possente ferebat.

Todavía con mas espresion añade Ovidio:

Vindice nullo
Sponte sua, sine leges fidem rectumque colebant

Horacio, finalmente, cierra el cuadro con estas elegantes frases:

Ne vaga prosiliat frenis natura remotis.

Como corriendo el velo al enigma, á la intencion de la matrona, que figura la sociedad civil robusteciendo con el imperio del precepto positivo,

(1) Metamorph. 1. v. 90.
(2) Lib. 2. Serm. Sat. 7. v. 74.

la efímera insuficiencia de la ley natural, una vez maleado el corazon del hombre. Atando con un *cable*, como dice Bentham [1], lo que la ley natural dejó prendido de un hilo: poniendo un fuerte dique á las pasiones, para dejar á cubierto la propiedad, la honra y la vida de la masa general de asociados; objetos carísimos antes al capricho del dolo, como cuando al empuje de vientos encontrados fluctúa la nave á merced de las olas.

Guárdeme Dios de poner mi mano trémula, vacilante, impura, sobre las elevadas máximas de la ciencia teológica, que desconozco, pero que acato y venero. En cualquier otro ramo del saber, mis continuados yerros habránse calificado como deslices por los hombres competentes. En éste debieran tener otra apreciacion.

Cíñome por ello, mis estimados compañeros en la ceremonia inaugural, á rogaros que reposeis, que os repongais de tanta fatiga, no sin meditar antes las tres inscripciones, que con caractéres abultados simbolizan toda la importancia del último paisage, cuyo esterior recorremos de la misma manera que en otros lo hemos hecho.

«*Vani autem sunt omnes homines in quibus non*

(1) Principios de Legislacion, C. y P.

subest scientia Dei," os dicen las sagradas letras (1).

¿De cuánto interés no serán unos conocimientos que hasta los paganos ensalzaron?

Nulla sine Deo mens bona est: semina in corporibus humanis divina dispersa sunt," escribió Séneca (2).

Oid, por último, las profundas espresiones de un sabio, á par que muy religioso jurisconsulto (3). «La sociedad se derrumba en un abismo, cuando el cielo deja de ser el contrapeso de la tierra.

Tened, pues, jóvenes distinguidos, muy en memoria los deliciosísimos parages que acompañándome me habeis visto circunvalar. Deponed cuando entreis en ellos, diestramente conducidos por vuestros sabios directores, esa arrogancia, esa presuncion que nos sobrecoge en la adolescencia: que de almas grandes es reflejarlas á menudo en el espejo de la prudencia y del comedimiento, donde suelen aparecer mas pequeñas de lo que las forja un deseo

(1) Sap. 13.
(2) Senec. Ep. 43. 73.
(3) Augusto Nicolás.

impremeditado de querer figurar en edad temprana.

Comenzar por saber con parsimonia y sin orgullo lo que supieron los demás, es el primer paso del que aspira á engalanarse con el honroso dictado de hombre científico.

No exijo de vosotros que vengais á este curso á querer agotar con la sed de Tántalo los puros manantiales de la sabiduría. Ya sé que no llevareis tan estúpida ilusion, porque vuestros mismos ojos os han hecho adquirir evidencia de que son perennes, inagotables. Un estudio asíduo, pero mesurado, os pondrá de relieve los hechos de los grandes hombres en el órden científico.

Exempla omnia (dice Ciceron) (1) *jacerent in tenebris nisi litterarum lumen accederet.*

Si embelesa ó no el cultivo de la ciencia: si ha habido y hay varones esforzados que le rinden culto como á un ídolo, la historia antigua y aun la contemporánea os lo dirá. ¿No estuvo Crisipo tan entregado al estudio que frecuentemente se olvidaba de comer y de beber? ¿no vió la antigüedad á Arquimedes salirse arrebatadamente del baño, exta-

(1) Pro Arch.

siado de gozo, y correr desnudo por las calles noticiando á los que hallaba á su paso que habia encontrado la solucion de un difícil problema? ¿no le vió tambien perecer en el sitio de Siracusa preocupado con sus combinaciones matemáticas? «Ya hace cinco dias (contestó Séneca á un amigo que le preguntaba dónde iba tan temprano) que voy á la escuela á oir al filósofo Metronactes, que diserta desde las ocho." Saliendo Marco Aurelio de su palacio á horas desusadas, le preguntó Lucio el motivo: «decoroso es á los viejos, le respondió, aprender lo que todavía ignoran, y por eso corro á escuchar las lecciones de Sexto el filósofo." ¿Quereis aun mas egemplos? Pues ved á Solon postrado en el lecho del dolor, esperando impávido sus últimos instantes, volverse afable á los amigos que le rodeaban y decirles: «os ruego con toda mi alma que procureis levantar la voz: yo moriré mas tranquilo, si muriendo puedo todavía aprender lo que no debí ignorar. ¿Pero qué los grandes egemplos forzosamente los hemos de ir á buscar fuera de nuestra patria? Admirad, jóvenes, admirad, la constancia en el trabajo literario del eminente D. Francisco Javier de Burgos. Aquejado por los mas crueles é intensos dolores, en la agonía casi, dejó la ca-

ma para corregir con la mayor escrupulosidad las pruebas de su Horacio.

Llego, señores, cabalmente á la parte de mi oracion mas erizada de dificultades, para quien es pequeño y nunca puede ser grande ante vosotros.

Me cumple ahora haberme de dirigir á mis dignísimos compañeros en el magisterio: mal hablo: á casi todos mis venerados maestros. ¿Y os insultaré recordándoos vuestros deberes profesionales? ¿Y rebajaré vuestra bien adquirida reputacion, exigiéndoos que me deis cuenta de los conocimientos, de los adelantos que habeis atesorado para lucirlos en las lecciones del presente curso? ¡Ah! no, eso no.

Dadme solo vuestro permiso para dos cosas. Para que á grandes rasgos diga algo en justo enaltecimiento de nuestra nobilísima profesion: para que os inculque asimismo una idea que constantemente ha embargado mi mente al redondear los campos del saber. Supongo no os habreis ofendido de que no os haya invitado á que me acompañaseis cuando en nombre de la ciencia he debido *inaugurarlos* (*cogiéndolos*) posesionándome de ellos á guisa de los primitivos *Augúres*. Al veros cerca de mí, hubiera bajado la cabeza ante vuestra recono-

cida ilustracion, sin acertar á dar un paso siquiera en la ceremonia *inaugural.*

Para mostraros que nuestra posicion académica funciona en el órden social en muy elevada esfera, ¿os parece que enmudezca mi insuficiencia y deje hablar á Ciceron (1)? Sea así.

Munus reipublicæ nullum MAJUS *meliusve aferre possumus, quam si docemus adque erudimus juventutem.*

¿Cuál será la idea que, segun acabo de anunciaros, tiene preocupada, embargada, aprisionada mi mente? Mejor que yo tal vez habrá hecho presa de ella el buen criterio del profesorado valenciano. No concibo que pueda desconocerla la distinguida concurrencia que con tanta bondad me oye.

Bien sabeis, respetables profesores, que el mundo político va precisamente á esos hermosísimos jardines de la ciencia, á esas fértiles vegas del saber humano, á recoger frutos, á proveerse de aguas puras, á escoger flores, para abastecer, para beneficiar, para adornar el estadio del régimen gubernamental. La ciencia es quien guarda la llave del

(1) Cicer. Lib. 2. de Divinit.

arsenal de donde se surte, el legislador, el economista, el diplomático, el hombre de estado, en fin, en todas sus empresas.

Sálgale, pues, al encuentro el mundo científico que debe conocer el pais, y sin animadversion ni preocupacion de ninguna especie, por éste ó por el otro partido, por ésta ó por la otra conviccion, por éste ó por el otro color; salgámosle, repito, al encuentro al mundo político, enseñándole en qué estriba el bien y el mal de las inteligencias; esto es, por dónde se llega á la verdad, y cómo es fácil que caiga en el error. Digámosle con solícito afan en qué parages podrá coger frutos sazonados y ópimos, y entre qué malezas se ocultan los nocivos, los perniciosos. Señalémosle de buen grado el sitio donde saltan fuentes de aguas saludables. Desviémosle de aquellas tierras por las que fluyen las cenagosas é insalubres. Despleguémosle, en suma, nuestra bandera, para que conozca, para que se persuada, que no es enseña que alienta á la guerra, sino signo de concordia que convida á la paz. Que la vea bien, que es de túpido brocado tejida con oro, que no es fácil la rasguen los vientos ni la destruyan los proyectiles. Que se penetre bien del lema y armas de su anverso y de su reverso.

En derredor de un ramo de olivo llevan los es-

tandartes de la ciencia por un lado esta inscripcion:

Doctrinæ studia et optime FELICITATEM *extollunt, et facillime minuunt* CALAMITATEM*: eademque et ornamenta hominum sunt et solatia* (1).

Del otro tienen una antorcha circuida de esta leyenda:

Qui facit veritatem venit ad lucem (2).

Tremolemos, pues, nuestras banderas, aun en aquellos grandes y aciagos sacudimientos políticos, que sufridos de cerca queman, y vistos de lejos alumbran, como dijo un elocuente escritor de las márgenes del Sena. Nosotros que alejados de la línea de batalla, podemos impasible y serenamente apreciar los hechos y estimar con mesura la marcha de los sucesos.

Y como relevante muestra de que no nos ponemos frente á frente del mundo político en actitud hostil, sino á su lado, siempre á su lado, con la antorcha de la verdad, para que vea claro por

(1) Senec. ad Polib. cap. 36.
(2) S. Juan 3. 21.

dónde camina y sobre qué superficie pone el pie; en prueba de nuestra cordialidad, de nuestra fiel y sincera alianza con él, le decimos: que en el presente curso vamos tambien nosotros á seguir sus costumbres, nos place plegarnos á sus usanzas, queremos marchar agrupados bajo un nombre dado, á la manera que el mundo político viene cobijado y militando desde la mas remota antigüedad, á la sombra de un nombre, de una personalidad.

¿Y á cuál recurriremos, señores profesores? ¿He meditado yo bien el sério compromiso en que en este momento me coloco y os he puesto á vosotros tambien? ¿Dónde está para el profesorado valenciano un nombre que no eclipsen, ni la veleidad de los tiempos ni el capricho de las circunstancias? ¿Por qué lado hallaré unas manos dignas, dignísimas, merecedoras de que pongamos confiadamente en ellas los sacrosantos trofeos de la ciencia, para que los saque incólumes y sin mancilla en cualquier conflicto?

No espereis que por mí mismo resuelva tan árdua cuestion, escogiendo la personalidad que ha de guiarnos en el año académico que inauguramos hoy. ¿Consultaré la gravedad del caso con vosotros para que hagais la eleccion? Imprudente fuera en mí tratar de compartir con tan ilustres compañe-

ros una responsabilidad de trascendencia suma, y sobre todo, que debe ser esclusivamente mia, toda vez que yo solo la he provocado sin autorizacion vuestra.

En trance tan apurado voy á demandar su consejo á tanto varon eminente como nos han precedido en el honroso cargo de aleccionar á la juventud, y cuyos parecidos conservamos respetuosamente en este venerando local. Creo que no os disgustará el pensamiento; tanto mas, cuanto que en las atribuladas ocasiones en que hemos juzgado amenazada la existencia de esta antiquísima y frecuentada Escuela, sin acordarnos ni de lo que somos, ni de lo que valemos, ni de lo que podríamos valer andando el tiempo; á ellos solos hemos recurrido, y con sus ilustres timbres nos ha parecido levantar el inespugnable antemural para la defensa de la Universidad de Valencia, esponiendo con lisura, pero siempre reverentemente, á los varios poderes del Estado, consideraciones poderosas que en todas épocas se han dignado atender en su alta sabiduría.

Consentidme por ello, esclarecidos compañeros, levante por mi propia mano la fria losa que cubre las respetables cenizas de los que principiaron por ser catedráticos en la heróica y muy noble

ciudad del Cid. Otorgadme, señores, vuestra licencia, para que con todo miramiento á tantas virtudes y á tanto saber, evoque en este crítico instante sus manes, y con la humildad del discípulo para con el maestro, con el comedimiento del inferior al superior, les interrogue así: «Decidme, sabios de fama subidísima: esas vestiduras que os franquearon la entrada en la cámara de los monarcas, para procurarles la salud y la larga vida que gozaron; ese distinguido y envidiable collar, que denota el puesto mas encumbrado en la gerarquía judicial; esos ornamentos, esos báculos, esas mitras, esos palios, ¿qué númen os guió para alcanzarlos? La bandera que desplegasteis para daros á conocer, yo ya la he visto. Lo que me falta ver, lo que me importa depurar es, si por ventura militasteis escudados con algun nombre que os allanara el camino; que os ofreciera paso franco en la elevada esfera de los grandes honores, de las altas distinciones. Si lo tuvisteis, dádnoslo en buen hora, que empeñada tenemos la palabra al mundo político de presentarnos desde hoy al lado suyo con una bandera y con un nombre...." ¡Insensato! me contestarian, ¡insensato!.... ¿con que andas á vueltas tras un nombre que á ti y á tus compañeros os conduzca allí donde están los campos de la buena

gloria literaria, y no aciertas á encontrarle? ¿Será tanta tu ofuscacion que no pienses que le tienes cerca, que lo estás viendo dentro de este mismo local? ¿Cómo desconoces que así como antes, remedando al *Augúr* del paganismo, has dicho bien que no eran los falsos dioses los que movian tu lengua, hablarias ahora mejor si confesases que esa Sacratísima Imágen que á todos nos preside es la que te inspira; que ella es el nombre, el único nombre que buscas, y el que ha de guiaros ahora y siempre, porque ni le rebajan las edades, ni le empequeñecen las vicisitudes?

Así lo reconozco, señores. Confuso y ruborizado he de declarar, que me he agitado en vano dudando acerca de la eleccion de un nombre. Este, Ilustrísimo Claustro, no debe, no puede, no quiere dejar de invocar, ni en éste ni en otros cursos, mas nombre que el que imploraban y reverenciaban en todas sus lides escolásticas, los que para honra nuestra formaron parte de él antes que nosotros. El de esa escelsa belleza. El de esa muger purísima, ataviada con todas la riquezas y con todas las grandiosidades de los cielos y de la tierra. Que tiene al sol cobijando su cabeza y le sirve de manto; y la luna á sus pies y ciñe diadema de brillantes estrellas. La misma Reina magestuosa

que vió David. La muger llena de gloria de Salomon. La adornada de purísimo esplendor: la de que nos habla el Apóstol (1). Ese nombre celestial, tan enaltecido en nuestro siglo, que en dos continuadas calamidades ha preservado á todos los individuos de este Claustro; no como arma ni como símbolo de partido, sino como iris de paz, invocamos y continuaremos invocando en todas nuestras empresas científicas.

Adelante, pues, profesores dignísimos, adelante. El emperador Tito diariamente y al tiempo de recogerse, solia decir á su confidente «no hemos perdido el dia." Procuremos nosotros trabajar con asíduo esmero, á ver si logramos que al precipitarse en el ocaso el astro que hoy comienza á brillar en nuestro horizonte literario, podemos congratularnos maestros y discípulos «por no haber trascurrido en vano, ni para unos ni para otros, el curso académico de 1856 á 1857." ¿Pero con qué premio, con qué recompensa, con qué aliciente vais á consagraros afanadamente á las tareas científicas? ¿dónde está vuestro porvenir? podrán decirnos quizás personas agenas á nuestra profesion. En ninguna parte, les contestaremos con en-

(1) Apoc. 12. 1.

tereza, con dignidad. Nada apetecemos: nada ambicionamos, no nos alienta otra esperanza sino la que espresa la leyenda que en nombre del Ilustrísimo Claustro de la Universidad de Valencia me permito añadir á las que ya lleva la honrosa venera del profesorado, esculpidas por el ilustrado gobierno de S. M. la Reina nuestra Señora.

Suum cuique decus posteritas rependet (1).

(1) Tacit. IV. annal.